

BX 1756

M3
S4
V.1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

63364

SERMON MORAL

SOBRE EL

MODO DE OIR LA PALABRA DE DIOS.

(PARA LA DOMINICA DE SEXAGÉSIMA.)

*Abeuntes pharisæi consilium fecerunt,
ut caperent eum in sermone.*

Yendo los fariseos, tramaron un ardid,
para cogerlo en las palabras.

(MAT., cap. xxii, v.)

Dios se ha manifestado tan ostensiblemente á los hombres; los primeros principios de religion y de moral que nos conducen á Él son tan evidentes al entendimiento humano, que parece imposible que haya habido hombres que hayan resistido abiertamente á las verdades emanadas del seno del Eterno; sin embargo, la historia del mundo no es sino un cuadro continuado, donde vemos descritos los ataques de la mentira contra la verdad, y de la falsedad contra el error. Examinar la causa de un fenómeno semejante, habiendo Dios criado al hombre recto y dotado su alma de dones sobrenaturales participados de la misma Divinidad, sería para nosotros un problema irresoluble, si el espíritu divino no nos enseñase que la ciencia de la carne es enemiga de Dios: *Sapientia carnis inimica est Deo.* (*Ad Romanos*, viii, vers. 7.) La ciencia carnal, sí, amados míos, principios opuestos, máximas diversas,

TCMO I.

008611

finés muy distintos, encierran estas dos ciencias entre sí: la ciencia divina edifica, la mundana destruye; ésta llena de orgullo el entendimiento, y aquélla lo humilla, lo anonada y lo encierra en los límites prescritos por el Sér Supremo; la ciencia divina hace al hombre justo y santificado, y la carnal lo vuelve reprobado y perverso. Así es que el pecado de los que resisten á la ciencia de Dios no es un pecado de ignorancia ó debilidad, no; es un crimen espantoso de malicia y perversidad, en el que el hombre pone todo su conato para resistir á su Dios, y áun para destruir, si le fuese dado, sus obras y desvirtuar los principios eternos en que estriba su régimen providencial.

Por la misma razon, los medios de que el hombre se vale para resistir á los principios inmutables son muy diferentes de aquellos que emplea para perpetrar los pecados de ignorancia ó de fragilidad; en éstos, ó el hombre no tuvo conocimiento de la ley y la infringió, ó acaso succumbió á los halagüeños ataques de la carne, ó, ciego en su pasion, no vió el abismo donde se precipitaba, y no sin razon el Profeta pedia al Señor que no se acordase de los delitos de su juventud y de sus ignorancias; pero cuando el hombre se propone atacar á su Dios, resistiendo á su palabra por medio de los elementos de la ciencia mundanal, ¡oh, amados míos! entónces no es un David á quien una mirada indiscreta conduce á un pecado carnal; no es un pródigo que, ansioso de una libertad cuyos peligros no conoce, se echa en los brazos de los placeres, creyendo que léjos de su padre ha de ser feliz; pero sí es un malvado que no quiere comprender la verdad para no sufrir sus consecuencias: un criminal que, sintiendo sobre sí la fuerza de la verdad, la rechaza, y volviéndose al Supremo Sér, le dice en su furor: *Recede à nobis scientiam viarum tuarum nolimus.* «Apártate de mí, pues no quiero saber tus caminos.»

Cuando el hombre se halla en esta disposicion tan lamentable, ¿qué impresion podrá hacer en él la verdad divina? En vez de ablandar su corazon, lo vuelve más duro que la roca; en lugar de encender en el fuego del amor celestial, le hace concebir un ódio tan vehemente, que no duda poner asechanzas á la misma verdad, para ver si puede destruirla con un ataque oculto, ya que no le es posible derribar su poder en el combate manifesto; y esta verdad se demuestra en lo que hicieron los fariseos con Jesucristo; mil veces habian sido confundidos por este divino Maestro; sus argumentos falaces se habian estrellado contra la sabiduría del Mesías; habian sido testigos de milagros que no habia hecho ningun Profeta; la experiencia les demostró, en repetidos encuentros, que Jesus más respondia á sus pensamientos que á sus palabras, lo que era suficiente para creerlo más que hombre; sus palabras eran todas conformes á la ley, y sin embargo se reunen, y viendo que siempre salian vencidos, determinaron presentarse á él para sacar argumentos de acusacion de su misma palabra. Medios ilícitos de simulacion é hipocresía, palabras insidiosas de adulacion y lisonja, todo es puesto en accion para sorprender á Jesus; responde el divino Maestro, les habla con claridad, les enseña sus deberes, les manda que den al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, y llenos de una admiracion estéril y sin fruto, se van tan endurecidos como ántes en el ódio contra la verdad que Jesus predicaba.

¡Oh! ¡Qué argumento éste para demostraros el carácter de los impíos de nuestro siglo, de esos hombres que hacen profesion pública de atacar las verdades de la Religion, de esos tan extendidos, por desgracia, y tan multiplicados en nuestro suelo, que no se presentan al templo de Dios sino para criticar al ministro evangélico y para hacer irrision de las verdades que anuncia, y á las veces

para blasfemar de ellas! Pero no, amados míos; no me propongo por hoy atacar á esta clase de hombres; y así os voy á enseñar el medio de oír la palabra de Dios, para que os sea fructuosa y no os endurezcáis, como los fariseos del Evangelio; en una palabra, os diré que la predicación del Evangelio se ha de oír con docilidad y sencillez de corazón.

AVE MARÍA.

Para que el hombre supiese las voluntades del Señor era indispensable el ministerio de la palabra, no porque Dios no hubiera podido comunicarse al hombre por medio de ilustraciones interiores ó infundiéndole una ciencia completa, tanto de las cosas naturales como de las sobrenaturales, sino porque, habiéndole Dios criado compuesto de dos sustancias, una espiritual y otra material, aquella no obraría sino por medio de las operaciones de los sentidos, como órganos de sus percepciones. Mucho más habiendo caído el hombre, pues entónces, herido tan notablemente su libre albedrío, estragado su entendimiento, y su voluntad inclinándose hácia el mal en todo tiempo, el hombre tenía necesidad de una voz imperiosa que infundiese terror al pecador, diese ánimo al justo, y enseñase á todos los caminos de la salvación. Por esta razón Dios, como afirma el Apóstol (Hebr., I, 1), queriendo instruir á los hombres en la economía de la eterna salud, habló por medio de los Profetas, y nos manifestó de varias maneras las verdades que nos conducen á nuestro último fin, ya con palabras, ya con tipos y figuras, á las veces con visiones y apariciones sensibles. De este modo se nos manifestó el Señor por los Patriarcas y por los Profetas, desde Moisés hasta Malaquías, no cesando ni

un momento de dirigir su palabra á los mortales hasta que, llegado el tiempo de nuestra reparación, nos habló por medio de su Hijo bien amado.

Tenemos, pues, amados míos, cómo la salud eterna, la felicidad de las naciones y de los individuos que las componen, consiste en escuchar con docilidad esta palabra que el Señor nos dirige sin cesar. ¡Ah! Si Adán hubiese sido dócil á la palabra de Dios, que le mandaba abstenerse del fruto vedado, ¡de cuántos males hubiera preservado á su descendencia y á sí mismo! Todo es perdido cuando se cierran los oídos á esta voz del Señor, y por esto, no sin razón, los Padres de la Iglesia afirman que el oír con gusto la palabra divina es una señal manifiesta de predestinado. Cuando oímos la palabra de Dios en los templos, ¿oímos acaso la voz del hombre, ó la voz de Dios? Sería un error el creer que el ministro de la Religión habla por su propio dictámen; no, amados míos; Jesucristo no nos enseñó sino lo que oyó de su Padre: *Quæ audivi a Patre meo, hæc loquor in mundo* (Joan., VIII), y este mismo Señor confesó á la faz del mundo que había enseñado á sus Apóstoles todas las palabras que su Padre le había dado: *Verba quæ dedisti mihi, dedi eis*. (San Juan, XVII.) En este supuesto, los ministros de Jesucristo, revestidos con el carácter de evangelizadores suyos, no hacen sino cumplir los mandatos de su Maestro; ¿y cómo podríamos de otro modo tener fuerza ni valor para reprender vuestros vicios, ni aún para daros consejos saludables, si no nos constase por los divinos oráculos de la legitimidad de nuestra misión, sabiendo por la boca del mismo Jesús que el que nos oye oye al mismo Dios, y el que nos desprecia vilipendia al Redentor?

Ahora, pues, para que sepamos si se oye la palabra de Dios con un corazón dócil, examinemos cuáles son las disposiciones de nuestro corazón: no se oye la palabra de Dios con docilidad cuando se viene al templo por mo-

tivos humanos; no se oye con docilidad cuando no se practica lo que ella nos enseña.

Yo llamo motivos humanos todos aquellos que no tienen á Dios por principio y fin; y cuando tales motivos nos conducen al templo, la palabra de Dios no es para nosotros aquella voz de virtud y magnificencia, aquella voz que hace temblar el desierto y derroca los encumbrados cedros; no es aquel fuego divino que abrasa los corazones helados; no es aquella palabra de Dios viva y eficaz, como dice San Pablo, que penetra más que la espada de dos filos, y llega hasta lo íntimo del alma, y descubre nuestros más recónditos pensamientos; es, sí, la palabra del hombre, tan débil como él mismo, y que ningún fruto puede producir en nuestras almas: ¿qué extraño será el ver el poquísimo ó ningún fruto que se saca hoy de los sermones, cuando nos consta que pocos los oyen como palabra puramente de Dios, otros por vana curiosidad, y muchísimos de los que se precian de ilustrados por puro pasatiempo? Si algun ministro del Evangelio se presenta al público para anunciar las verdades eternas por primera vez, todos corren presurosos á examinar si en su elocuencia tiene solidez, si es hombre de entendimiento y de gusto, si posee conocimientos dilatados y profundos, si es de pensamientos ingeniosos, si es literato ó ignorante; así es que agradan al público aquellos oradores de imaginacion viva y fogosa cuyos sermones brillan por las descripciones pomposas de las obras del Señor, ó se hallan llenos de disertaciones sobre su bondad y misericordia, sobre la divinidad de la Religion ó sobre la excelencia de su moral; en fin, el auditorio está satisfecho cuando su entendimiento se halla deleitado; pero si se amenaza con los castigos eternos, si se le patentizan al pecador los senos tortuosos de su corazon lleno de rapiña é iniquidad, ya se le mira con ceño, ya desagradan sus palabras. ¡Oh amados míos!

Esto no es oír la palabra de Dios como palabra de Dios, y de este modo no puede hacer fruto en vuestras almas. De aquí sucede que, en vez de aplicarse á sí mismo lo que se ha oído; en vez de considerar el estado fatal de nuestras conciencias, fijamos nuestra imaginacion en el hombre que habla, no en el Dios que predica por medio de sus ministros; y no digamos que este vicio ha cundido entre los hombres llamados despreocupados, sino que casi toda la sociedad adolece de este mal, gracias á esa fementida y falsa ilustracion del siglo en que vivimos. En nuestras solemnidades, en nuestras reuniones religiosas, se llenan todos los ángulos de los templos; creeríamos, al ver tales concurrencias, que los fieles vienen á oír la voz de su Dios, y nos engañamos, pues sólo pretenden dar pábulo á su entendimiento.

Añádase á esto que, distraídos los hombres de nuestro siglo del único objeto que debiera ocuparlos, que es la salud de su alma, no piensan sino en saber cosas nuevas; no se contentan los genios frívolos de nuestro siglo de haber innovado todo lo que establecieron las generaciones pasadas, sino que quisieran que la Religion, que procede de un Dios inmutable por esencia, estuviese sujeta á las influencias de los caprichos humanos; el orador sagrado que repite é inculca á su auditorio en las cosas de la fé, sin acomodarse á los modales del siglo de la razon, es juzgado por un fanático; sería preciso en nuestros dias poseer la palabra de un Demóstenes, la dialéctica de un Ciceron y la imaginacion de los poetas, para agradar y convencer á los que se glorían de seguir las huellas del Dios del Calvario; en una palabra, se ven rodeadas las cátedras de la verdad por hombres curiosos. ¡Ah siglo infatuado! Me parece, amados míos, al considerar esto, que la tierra toda se ha vuelto un Atenas, como en tiempo del Apóstol; bien sabeis lo que San Lucas dice de esta ciudad y sus moradores: «Los atenienses, dice este Evan-

gelista en el libro de los *Hechos apostólicos*, no piensan ni se ocupan en otra cosa sino en decir y oír cosas nuevas.» (*Act.*, xvii, vers. 21.) ¿Qué sucede, pues, al predicador de la verdad en esta ciudad de curiosos? El Areópago se llena de gentes de toda clase, condicion y sexo; sus bóvedas y recintos resuenan con las fervorosas predicaciones del Apóstol; anuncia la verdadera Religión; quiere persuadir á los hombres que dejen sus errores, y al oír su celestial doctrina, unos se reían y otros le contestaron con irrisión: «Otro día te oiremos hablar de esta materia.» *Audiemus te iterum de hoc verbo.* (Ibid., v. 32.) Esta misma es la conducta de muchos de los cristianos de nuestro siglo; la palabra de Dios es para ellos, no un antídoto contra el vicio, sino un tósigo mortal; salen del templo censurando al sacerdote, ya censurando sus dichos, ya tachándole de rígido é intolerante, ó acaso condenando la moral del Evangelio.

¿Os hablaré, amados míos, de esos hombres que vienen á oír la palabra divina por puro pasatiempo? Sí, lo repito; por puro pasatiempo, pues en nuestros días la pasión dominante de la sociedad es ésta; como si los días ó los años fuesen de una duración infinita, sólo piensan los hombres en buscar medios para distraerse; las diversiones se suceden unas á otras sin interrupción, y como el corazón se halla poco ocupado en Dios, todo se toma á diversión; cuando no es hora de paseo, ó de visitas, ó de teatro, se viene al templo; ¿qué otra cosa hacen esos hombres que se acercan al Santuario sin respeto ni veneración, con frente altiva y arrogante, cuando el sacerdote va á evangelizar al pueblo? ¿Qué esas personas tan adornadas como la fachada del templo, y quienes, para presentarse en el lugar de la oración, se llenan de atavíos, como si fueran á una representación teatral? ¿Queréis saber lo que pasa entre hombres de esta clase? Buscan los templos de mayor concurrencia y comodidad; se hablan

unos á otros para no ir sino á los lugares más distinguidos; para ellos es necesario un orador de fama, que reúna todas las cualidades físicas y morales; si no encuentran los que desean, luégo abandonan el templo, ménos privilegiado para ellos que el mismo teatro. ¡Bien se echa de ver que tales hombres no desean sacar fruto de la palabra divina, sino placer y diversion! ¡Ah! En otro tiempo sucedía otro tanto al pueblo de Israel. «¡Oh Ezequiel! decía Dios á este Profeta; los hijos de tu pueblo se hablan unos á otros, y se dicen *vamos á oír*; vienen á tí como si fueren á rodear á un personaje teatral; tu voz es oída por ellos como una música deliciosa que halaga los oídos y causa entretenimiento; tus palabras, en fin, son una dulce melodía, *est eis quasi carmen musicum* (capítulo xxxiii); no esperes fruto alguno de hombres semejantes, pues no oyen mi palabra, sino la tuya.»

Ved aquí, amados míos, descifrados en pocas palabras los motivos que conducen al templo á los fieles de nuestros días; motivos humanos, motivos de interés. No se viene á recibir el pan de la palabra divina, sino á encontrar lo que deleita nuestros sentidos, de modo que pudiéramos decir á los hombres de nuestra edad lo que Jesucristo decía á los judíos: «En verdad os digo que me buscáis, no porque habeis visto los milagros que he obrado, sino por los panes de que os habeis saciado.» *Queritis me, non quia signa vidistis.* (Joan., vi, 26.) No se busca en los ministros del Evangelio la unción que han recibido del Espíritu Santo para reprender el vicio y encomiar la virtud; quisieran los hombres de nuestra edad que fuésemos tan apologistas de las opiniones relajadas y corruptoras en la teoría, como ellos lo son en la práctica: *Queritis me, non quia signa vidistis*; quisieran que en nuestros discursos usásemos de los artificiosos rodeos con que los hombres profanos introducen el veneno de sus doctrinas en los corazones incautos; desearían que no

hubiese diferencia alguna entre el santuario y el circo, entre el lugar donde el hombre levanta sus manos al cielo para pedir perdon, y aquellos que el mundo ha deputado para ostentar sus locuras; pero ¡oh Dios de amor! esperamos que no será así; y creemos que tu Evangelio será anunciado á los pueblos hasta el fin de los tiempos, sin que puedan alterarlo los caprichos humanos; sabemos que nos asistirás hasta la consumacion de los siglos; sabemos que cuando nos hallamos legítimamente en esta sagrada cátedra para combatir á los enemigos de vuestra Religion y de la moral que ella nos enseña, no hablamos por nuestra boca, sino por el Espíritu Santo, que anima nuestras palabras. Sí, amados míos, y con esta creencia yo no he dudado en explicaros la doctrina que acabais de oír, y que yo quisiera ver grabada en vuestros corazones. Por los motivos que os conducen al templo á oír la palabra divina, podreis ver si la oís con un corazón dócil; mas no basta esto aún, pues es indispensable practicar lo que se ha oído.

La palabra de Dios, dice San Pablo, es una necesidad para los que perecen; pero para los que son salvos, es la virtud de Dios; pero ¿qué virtud es ésta? ¿Es acaso aquella con que extendió la hermosa bóveda del firmamento, ó consolidó la tierra, ó formó las aguas? No, amados míos; la palabra divina es la virtud en la cual Dios aparece más poderoso que en las obras de su creacion; porque por la palabra, dice el mismo Apóstol, quiso el Señor que se salvaran los creyentes: *Placuit Deo per stultitiam predicationis salvos facere credentes*. ¿Y quién ignora que la salvacion de un alma sola es obra más grande que la creacion de este mundo? Para criar los cielos, la tierra, los mares, los hombres y los ángeles, no fué necesario sino un acto de la voluntad divina; pero para salvar al hombre es indispensable que concorra la voluntad humana; de tal modo, dice San Agustin, que Dios que hizo

al hombre sin la cooperacion del hombre, no lo justifica sin que coopere el hombre á esta justificacion por medio de la voluntad, prevenida de la gracia: *Qui fecit te sine te, non justificat te sine te*. Esta justificacion del pecador, esta salvacion del hombre caído, esta obra portentosa del mundo moral, depende toda, en sentir del Apóstol, de la predicacion: *Placuit*, etc.; mas para que esta obra llegue á su complemento, es indispensable que el hombre ponga en práctica lo que oye de la boca del ministro evangélico, y sólo entónces obra en nosotros la gracia de Dios, ayudándonos más y más, hasta que produzca su fruto, cien veces doblado. No; de nada sirve oír la voz del Señor, si no practicamos lo que Él nos enseña; para ser sus amigos, es necesario estar justificados, y á esta justificacion llegamos cuando cumplimos lo que Él nos manda: *Vos amici mei estis, si fueritis que precipio vobis*.

Para demostraros lo peligroso que es para la salvacion el oír la palabra de Dios sin practicar lo que ella nos enseña, bien pudiera traer á vuestra memoria lo que el mismo Salvador dijo á la muchedumbre de pueblo que venía á escuchar su palabra. Propúsoles la parábola del sembrador: ¿y quién no tiembla al considerar la explicacion que el mismo Jesus hizo de ella á sus Apóstoles? Esparce Dios por medio de sus ministros la semilla celestial de la palabra en el campo de su Iglesia: todos la oyen; pero unos tienen su alma ocupada en cosas del mundo, y apenas puede llegar á ellos esta simiente divina; otros tienen su corazón tan estragado con los placeres de la carne, y tan poco visitado del rocío celestial de la gracia, por ellos muchas veces despreciada, que apenas puede echar en ellos raíces profundas; otros la oyen tambien, pero tantos son los cuidados que ponen en adquirir bienes temporales, que éstos sofocan toda idea sana, todo pensamiento saludable que pueda producir en ellos la palabra

de Dios. ¡Oh, Señor! ¡Cuán á la letra se cumple esta parábola en este siglo! El pecado específico y peculiar de esta generacion es el egoismo; los hombres no piensan sino en engañarse unos á otros con las invenciones del arte, de la vanidad, del lujo, y todo con el fin de ganar, de amontonar oro; sí, el pobre quiere atesorar, y el rico aún no tiene llenos sus deseos en la misma abundancia. ¿Qué fruto hará la palabra santa en corazones tan dados á la avaricia? No es posible que se retenga la palabra de Dios; luego no pueden nuestras almas tener vida espiritual; pues segun San Gregorio Magno, el alma se alimenta con la palabra de Dios, y así como se pierden las esperanzas de que viva aquel cuyo estómago no puede conservar el alimento, así tambien, afirma el mismo Santo Doctor, está próximo á perecer el que no guarda en su memoria lo que oye para practicarlo. (Hom. xv, *In Evang.*) Pero ¿qué prueba más evidente de esto puedo presentaros que los fariseos del Evangelio? ¿Quién oyó jamás palabras más santas, razones más convincentes y sentencias más divinas? ¿Quién vió en ninguna edad más prodigios en confirmacion de la doctrina del Salvador? Sin embargo, nunca hablan con Jesus sin ser confundidos, y jamás se acercan á Él sino para tentarle ó encontrar medios de acusacion. ¿Cómo podian dejar sus preocupaciones? ¿Cómo habian de desechar de su corazon la envidia, la avaricia y otras pasiones, si no oian la palabra de Jesus con ánimo de cumplirla? Así es que, en vez de aprovecharles tan santas lecciones, no sirvieron sino á endurecer sus almas en el error. Vedlos cómo se llegan á Jesus con una modestia y aparato exterior, que no es otra cosa que un denso velo con que cubren su hipocresía. «Maestro, le dicen; sabemos que sois hombre de verdad, y que, sin ser aceptador de personas, enseñas los caminos de Dios en la verdad: dínos...» ¡Lo sabeis! ¿Por qué razon perseguís al que enseña los caminos de la justicia? ¿Por

qué no observais lo que os enseña? ¡Hipócritas! No tenéis al Señor; y esto mismo digo yo á los que oyen la palabra de Dios sin sacar fruto ni utilidad de ella. ¡Hipócritas! Venís al lugar del sacrificio como si no hubiese un Dios que lee lo íntimo del corazon; os acercais á los ministros del Evangelio para criticarlos, ó por pasatiempo, ó por curiosidad: ¿por qué tentais á Dios? Oís la palabra santa, y salís del templo tan avaros, tan ambiciosos, tan endurecidos como habeis entrado: ¿por qué tentais á Dios?